

los Estados Unidos, así como el progreso llevado a cabo en la integración racial en la parte sur del país. Estos dos factores han alterado los antiguos sistemas de votación tradicionales. Se explica el complicado sistema de colegios electorales que se emplea en las elecciones presidenciales norteamericanas, y los orígenes y las razones de su empleo. En resumen, el libro del señor Alonso-Castrillo proporciona un minucioso análisis del sistema político norteamericano, escrito en un estilo ameno y agradable.—Allan Berson.

Alfredo Roggiano (ed.). *Diez poetas norteamericanos*, Montevideo, 1956.

Hay una pequeña colección de poesías que se publica en Montevideo, a través de la cual no sólo recibimos en España el latido de la poesía uruguaya, cuya calidad es, por cierto, muy considerable, sino que se nos ofrecen resúmenes antológicos, breves, pero significativos, de otros países. Se trata de los «Cuadernos Julio Herrera Reissig», nombre relevante en la poesía hispanoamericana postmodernista y muy vinculado a una generación de poetas españoles.

En estos fascículos ha aparecido recientemente una (núm. 40) que podríamos llamar *microantología* de la poesía norteamericana. La selección se debe al profesor argentino Alfredo Roggiano, catedrático de la State University de Iowa, quien ha revisado también la labor de traducción realizada por el joven poeta norteamericano Julian

Palley. Según los autores de esta interesante muestra, en la poesía americana el simbolismo de Eliot y Pound fué reemplazado por una poesía de tipo social (MacLeish, Sandburg); durante la guerra aparecieron poetas-soldados, como Karl Shapiro, y en las últimas manifestaciones revelan, por un lado, un neoclasicismo, vuelto a la forma (Wilbur, Shapiro), y por otro lado, un nuevo sentido metafísico y religioso (Lowell, Jarrell), y estas dos últimas tendencias se encuentran a menudo en el mismo poeta.

Se incluyen en este pequeño libro poemas de Wallace Stevens, William Carlos Williams, Robinson Jeffers, John Crowe Ransom, Archibald MacLeish, E. E. Cummings, todos mayores de cincuenta años; Theodore Roethke, Kenneth Patchen y los más jóvenes, Randall Jarrell y Robert Lowell.

Como lector español que no conoce a fondo la poesía actual norteamericana, registro de este cuaderno aquello que especialmente me ha impresionado en un primer contacto con las traducciones que Roggiano y Palley nos presentan. Algunos poemas son singularmente interesantes, y, por su hondura o por su fuerza, nos dejan la más viva impresión.

Tal es «El señor sangriento», del gran poeta Robinson Jeffers, por cuyas estrofas pasa un oscuro sino en que la violencia ciega sacude el mundo. «La violencia es el señor de los valores del mundo», dice uno de sus versos. En agilísimas imágenes, el poeta ve los finos miembros del cier-

vo como cincelados por la dentadura del lobo, o las alas del pájaro como nacidas por el miedo. Los valores físicos y hasta morales surgen como de un instinto defensivo frente a la violencia. Pero este aparente canto exaltador tiene en su fondo un sombrío pesimismo.

«The Too-Late Born», de Archibald MacLeish, suena con un acento épico al que llega el fragor de un Roncesvalles hispano, superando el esfuerzo y la lucha. Tiene grandiosidad, y se ve en él al poeta, que incorpora a sus versos un marcado objetivismo.

La sinceridad humana de Kenneth Patchen es de acerba crítica en el poema «Buen día para un linchamiento». Se trata, sin duda, de uno de los poemas más intensos de esta pequeña colección, con el de Randall Jarrell. Patchen toca, me parece, una llaga viva del alma americana. Se siente tanto víctima en la persecución del hombre negro como parte del blanco que lo condena. Sus versos tienen valentía y emocionada verdad. «Sé que una de mis manos es negra y la otra es blanca», exclama con angustiada voz.

La «Canción de cuna», de Jarrell, es una diatriba contra la culpabilidad de la guerra, dicha desgarradoramente. Su sentido de la libertad individual del hombre se revela contra lo rebañego e indiferenciado («le esquilan la cabeza, sus chapas de aluminio / suenan como collares de perros o de ovejas»), y siente la terrible paradoja de la guerra para la paz. He aquí otro exponente de la sensibilidad americana, expresado con acierto por el

poeta. «El poeta habla por todos» —es frase de un gran poeta español: Vicente Aleixandre, en su último libro, *Historia del corazón*. Sin duda, la poesía de estos autores es eso: voz común, grito que surge de un corazón múltiple, aunque brota por la palabra individual de cada uno. La palabra del gran poeta es siempre resumidora y comprensivo latir de una época, del espíritu de un pueblo, aunque ese pueblo sea, como en este caso, el país de los grandes progresos materiales. Bajo ese mecanismo material, la sangre viva del espíritu circula siempre hacia su humana transcendencia.

De Kenneth Patchen y de Randell Jarrell, dos poetas cuyas breves muestras me han conmovido grandemente, bien quisiera conocer más extensa obra.

He aquí la virtud de estas antologías, aunque sean de tan reducida extensión como la que comento: nos ponen en contacto con unos autores determinados y nos azuzan el deseo de profundizar en sus obras. Hemos de agradecerélos a Juvenal Ortiz Saralegui, poeta uruguayo que edita los «Cuadernos Julio Herrera Reissig», en cuyas páginas hemos leído a estos diez poetas norteamericanos.—Leopoldo de Luis.

George Santayana, *Essays of Literary Criticism*.
New York, 1956.

Constituye un hecho insólito el que la aparición de una antología —una colección de obras ya publicadas— se celebre como un acontecimiento im-